

Canibalismo y bulimia: patrones de control social en la modernidad tardía¹

Jock Young
Middlesex University

*Sobre todo, debemos darnos cuenta de que ciertas de nuestras costumbres podrían aparecer frente a un observador perteneciente a una sociedad diferente, como similares en naturaleza al canibalismo, a pesar de que el canibalismo nos parece chocante por ser extraño a la idea de civilización. Estoy pensando, por ejemplo, en nuestros sistemas legales y de prisiones. Si estudiamos las sociedades desde el exterior, sería tentador distinguir entre dos tipos contrastantes: ésas que practican canibalismo –esto es, que consideran la absorción de ciertos individuos que poseen poderes peligrosos como el único medio de neutralizar estos poderes, e incluso tornarlos en ventaja– y esas que, como nuestra propia sociedad, adoptan lo que podría ser llamado la práctica de la antropemía (del Griego émein, vomitar); de cara al mismo problema, el último tipo de sociedad ha elegido la solución opuesta, que consiste en repeler a los individuos peligrosos desde el cuerpo social y mantenerlos temporáneamente o permanentemente en aislamiento, lejos del contacto de sus prójimos, en establecimientos especialmente previstos para este propósito. Muchas de las sociedades que nosotros llamamos primitivas considerarían esta cuestión con profundo horror: nos haría, en sus ojos, culpables de la misma barbaridad que nosotros pensaríamos acusarles a ellos por su comportamiento simétricamente opuesto (Claude Lévi-Strauss, *Tristes Trópicos*, 1992 (1955), pp. 287-8).*

Sociedades antropofágicas y antropeómicas

Una generación de ensayistas en las ciencias sociales ha quedado fascinada por las categorías de inclusión y exclusión sugeridas por Claude Lévi-Strauss en *Tristes Trópicos*.

Las sociedades “primitivas”, afirma, tratan con los extraños y los desviados tragándolos, haciéndolos suyos y ganando fuerza de ellos. Son antropofágicas, mientras que las socie-

dades modernas son antropeómicas: vomitan a los desviados, manteniéndolos fuera de la sociedad o encerrándolos en instituciones especiales dentro de sus perímetros.

Tal punto de vista fue rápidamente abrazado por el radicalismo político, quizá porque implica una transición distópica (tan atractiva para el flanco izquierdo): de una tolerante

¹ Ponencia presentada en Barcelona, en octubre de 2000, en el marco del Common Study Programme of Criminal Justice and Critical Criminology. Tradu-

cido del inglés por Diego Zysman Quirós (Universidad de Buenos Aires). Revisión de Juan S. Pegoraro (Universidad de Buenos Aires).

Arcadia del pasado al intolerante, enfermante y enfermizo mundo moderno del presente (ver Cooper, 1967; Young, 1971). Hay poca duda de que tal contraste fue el intento de Lévi-Strauss, a pesar de que es debatible que el mundo que engulle, caníbal, de la antropofagia, sea más tolerante que el mundo anoréxico, expulsante, de la antropoemia. Lo dudo: pero los conceptos en sí mismos, sin la vulgar apelación de todas las sociedades pre-moder-

De la sociedad inclusiva a la excluyente

En *The Exclusive Society* [La Sociedad Excluyente] (1999) trazo la transición de una sociedad inclusiva a una excluyente. Los cambios en el mercado (en las esferas de producción y consumo) dan lugar a un incremento en los niveles de delito y desórdenes y, también, una problematización del orden en sí mismo. Las normas son quebradas más fácilmente pero también cuestionadas más regularmente. La sociedad civil deviene más segmentada y diferenciada: la gente se hace más cautelosa y evaluadora de los demás a causa de la inseguridad ontológica (vivir en un mundo plural donde las biografías individuales son menos certeras) y de la inseguridad material (un mundo de riesgo y sin certeza). La combinación de un aumento en los problemas (*difficulties*) –delito, desorden e incivildades– y un incremento en la dife-

¿Declinación en la tolerancia a largo plazo?

Abandonemos la noción de una declinación a largo plazo en la tolerancia. La exclusión no está basada en un simple aumento de la intolerancia como muchos liberales querrían hacernos creer.

El contraste que hace Lévi-Strauss es una

nas en una, o la evocación de un inevitable decline en tolerancia, pienso, son eminentemente utilizables. Ello, particularmente si, como fue investido por Zygmunt Bauman (1995), podemos reconocer que todas las sociedades poseen ambos aspectos (tragan y expulsan) y tomamos en cuenta la observación de Stan Cohen (1985) de que diferentes sectores de la población pueden ser incluidos o excluidos en el mismo proceso.

rencia (esto es: en la diversidad y el debate sobre las reglas en sí mismas) da por resultado no sólo un cambio cualitativo en la sociedad civil, sino un cambio en el sistema de control social, en particular el nacimiento de un sistema de justicia actuarial. Así, la exclusión en el mercado origina a exclusiones y divisiones en la sociedad civil que, a su vez, dan nacimiento a cambios cuantitativos y cualitativos en la exclusión impuesta por el Estado. Y, finalmente, las respuestas del estado tienen repercusiones reforzando y exacerbando la exclusión de la sociedad civil y del mercado. La extraña máquina antropoémica de la modernidad tardía genera una resonancia de exclusión en toda su estructura, siendo su principal motor el rápido desarrollo en el campo de las relaciones de mercado.

clara calumnia en el mundo contemporáneo: pocas dudas puede haber de que el habitante urbano moderno tiene una tolerancia mayor y más extensa a la del promedio de la sociedad pre-industrial o incluso al del actual habitante del campo. La ciudad gira como

un calidoscopio de subculturas, mientras los medios electrónicos entregan diariamente un menú de amplia variedad cultural, aunque truncado y demasiado híbrido para combinarlo con la localidad de quien los oye o los ve. La diferencia y la diversidad son las “máquinas abrochadoras” del estilo de vida, consumismo, de la modernidad tardía: comemos la cena de un menú mundial, nuestros supermercados nos exhortan a que amplíemos el repertorio desde el Caribe hasta el Mediterráneo, el mercado de música popular nos hace protagonizar desde afuera los rap disidentes de los guetos de Los Ángeles, las sensibilidades gay empapan nuestros *chat shows* y realzan a nuestros comediantes; cada matiz del matrimonio, estilo de vida y relaciones sexuales son debatidas diariamente en los *chat shows*.

Las sociedades de la modernidad tardía *consumen* diversidad, no se espantan de la

El mundo de la modernidad

El contraste entre el mundo inclusivo del período inmediato de post-guerra (“modernidad”) y el mundo excluyente del último tercio del siglo veinte (“modernidad tardía”), hace esto claro. El acento en la modernidad es antropofágico: los desviados están allí para ser absorbidos. Los criminales son rehabilitados, los locos y adictos a las drogas curados, los inmigrantes asimilados, los *teenagers* “adaptados”, las familias disfuncionales aconsejadas hacia la normalidad. La dificultad, es decir las partes obstinadas de la población, es casi un cambio bienvenido para el *Welfare State* y sus funcionarios (A. Gouldner, 1971, pp. 76-7).

Lévi-Strauss habla de la habilidad mágica de cada sociedad antropofágica de tomar individuos “que poseen poderes peligrosos... neutralizar estos poderes e incluso tornarlos en ventaja” (Op. cit., p. 388). Moderni-

diferencia, la redefinen como un artículo y lo venden en el supermercado o almacén local. Lo que las sociedades desean soportar menos, son los problemas (*difficulty*). La transición de la modernidad a la modernidad tardía, deseo afirmar, envuelve un cambio remarcable: casi un direccionamiento contrario de las estructuras de tolerancia. El mundo moderno es intolerante de la *diversidad* –que intenta absorber y asimilar– y es relativamente tolerante de la *dificultad*, de gente obstinada y rebeldes recalcitrantes a los que ve más como a un reto para rehabilitar y reformar. El mundo de la modernidad tardía celebra la diversidad y la diferencia que él mismo absorbe y sanea fácilmente; lo que no puede aguantar es a la gente *problemática* y a las clases *peligrosas*, contra las que busca construir las más elaboradas defensas, no sólo en términos de personas “de dentro” (*insiders*) y extraños (*outsiders*), sino en toda la población.

dad lograda con virtud: escrutó grupos con valores alternativos y sugirió que eran simplemente carencias en los valores del *establishment*, aborreció la diversidad e insiste en un absolutismo ético en contra del relativismo valorativo. No fue temerosa de los problemas individuales, no fueron éstos los que amenazaron la modernidad sino la diversidad. Una barricada completa de expertos: psiquiatras, trabajadores sociales, criminólogos, estuvieron en el negocio de explicar la diversidad, una ciencia social positivista evolucionó buscando explicar lo “extraño”: por qué las diferencias en valores, actitudes y comportamiento podían suceder en un mundo que era exitoso tanto económica como socialmente –el punto final del desarrollo histórico–. Su tarea fue convertir diversidad en desviación.

La transformación en la modernidad tardía

En la modernidad tardía el mundo social se hizo simultáneamente más diverso y mucho más problemático. Un pluralismo de valores, resultante de la inmigración y la diversidad subcultural, hizo imposible mantener estándares absolutistas. Y los problemas abundan: por ejemplo, el índice total de delitos registrado por Inglaterra y Gales en 1995 fue once veces y media más que el de 1955, y el índice de violencia creció casi veinte veces. Una población diversa y más problemática confronta el moralismo de los tiempos de modernidad tardía: los patrones de virtud se han ido para siempre, la rigidez de los estándares se vuelve parte de una era pasada, mientras el delito en sí se ha hecho normal, parte de la experiencia diaria de los ciudadanos.

Fue a causa de esos cambios dramáticos que el balance de tolerancia e intolerancia en la modernidad tardía comenzó a revertir la estrechez del mundo moderno.

La emergencia del actuarialismo

El tema principal del control social en la modernidad tardía es el "actuarialismo". Esto implica una transición a tradiciones donde no existe tanto una preocupación con la justicia como con la defensa y protección de la comunidad, y donde las causas del delito y la desviación no son vistas como la clave vital para solucionar el problema criminal. La postura actuarial es calculadora de riesgo, cautelosa y probabilística, no está preocupada con las causas sino con las probabilidades, no con la justicia sino con la minimización del daño; no busca un mundo libre de delitos sino preferentemente uno donde hayan sido empujadas las mejores prácticas de reducción

de la diversidad devino tolerada, en realidad las diferencias en el estilo de vida se volvieron celebradas mientras los problemas se hicieron menos y menos tolerables. Esto implicó una transición, en los términos de Lévi-Strauss, desde lo antro-pológico a lo antro-pómico: desde un mundo de inclusión a uno de exclusión. El mundo excluyente necesita el desarrollo de nuevos modos de control social. El mundo que engullía e incorporaba en el período de post-guerra, se vio transformado en uno más expulsante, separador y excluyente. Los cambios en varias de las instituciones del control social son una respuesta a la transformación en los problemas que el sistema enfrenta. Son una reacción para abordar un mundo más diverso y en el cual el delito y el desorden están mucho más ampliamente esparcidos. Eso implica un incremento en la *diferencia* y en los *problemas*.

del daño; no una utopía sino una serie de refugios en un mundo hostil.

La postura actuarial refleja el hecho de que el riesgo tanto para individuos como colectividades se ha incrementado, el delito se ha convertido en un aspecto común de la vida diaria, el agresor parece estar en cualquier lugar, en la calle y en la alta oficina, en las partes pobres de la ciudad pero también en esas instituciones que fueron colocadas para rehabilitar y proteger, en el mundo público de encuentros con extraños pero también en la misma familia, en las relaciones entre marido y mujer, padres e hijos. Somos recelosos de jefes de *scouts*, policías, auto-stopistas, *baybysitters*, gente que cuida de personas

ancianas, maridos, citas, padrastros y madrastas –el “otro” está en todas partes y no se restringe a delincuentes y extraños–. Sus causas son crecientemente inciertas y esta falta de certeza está agravada por su aparente ubicuidad. Ambos, individuos e instituciones, encaran los problemas de clasificar lo seguro de lo riesgoso y hacer ello en forma tal que no sea necesariamente sólida (de “hierro fundido”) y cierta, sino meramente probabilística.

Las reglas en sí mismas se han vuelto problemáticas en una sociedad pluralista donde las normas se superponen para dar seguridad, pero no son nunca idénticas entre un grupo y el otro y, además, son cambiantes en el tiempo y han cambiado, *sin duda*, durante el tiempo de vida de cada uno. Entonces, no es ya más una cuestión de correcto e incorrecto sino de cuál es la probabilidad de que tus reglas sean quebradas, y cuándo la unidad de riesgo hará posible tu victimización: el cálculo de responsabilidad individual se hace menos y menos relevante. Si usted es el director de un shopping o una madre buscando proteger a su familia, y el posible trasgresor es loco o malvado, seguir las reglas o ser incapaz de lidiar con la norma observando el comportamiento, tiene escasas consecuencias prácticas. Así, la línea entre el libre arbitrio y el

determinismo se hace no sólo borrosa sino en algún sentido irrelevante. *Usted quiere sobre todo evitar el problema, más que entenderlo*. Quiere minimizar el riesgo más que condenar moralmente un comportamiento.

En un sentido importante, el actuarialismo es moralmente neutro, es parte de una sensibilidad moderno-tardía que Zygmunt Bauman denomina *adiaforización* [adhiaphorization] – “el desnudar de las relaciones humanas de su significado moral, exceptuarlas de evaluación moral, interpretarlas ‘moralmente irrelevantes’” (1995, p. 133)–. Esta adiaforización no sólo ocurre en términos de riesgo sino abordando la diversidad. Si la actitud actuarial es la vía para confrontar la dificultad (el riesgo es una cuestión de calcular y evitar, no de moralismo), el multiculturalismo es la respuesta a la diferencia. Esto es, la existencia de un mundo diverso de valores que, en su rostro, plantea una creciente amenaza a la seguridad ontológica, la que es mágicamente apaciguada otorgando y celebrando la diversidad, incluso sugiriendo que tal pluralismo no es producto de elección sino de una cultura pre-ordenada. La gente es irlandesa, judía, escocesa, africana, gay, mujer –el proceso de auto-descubrimiento de las propias raíces deviene en el entendimiento de la esencia propia de uno.

De mixofilia a mixofobia

“De manera distinta a lo que sucede en la era moderna, con sus ambiciones de homogeneidad, (bajo condiciones post-modernas)... las diferencias ya no son vistas como una molestia temporaria, destinada a desaparecer en el mañana; la variedad y pluralidad de las formas de vida están aquí para quedarse, y la esencia humana parece consistir en la habilidad universalmente compartida, de establecer y proteger... la identidad distintiva de otras identidades. El gusto

postmoderno por la mixofilia es constantemente golpeado por la tendencia opuesta: la mixofobia; sería presumido predecir cuál de las dos corrientes opuestas prevalecerá finalmente...” (1995, p. 221).

Zygmunt Bauman, al escribir en *Life in Fragments* [Vida en Fragmentos], captura la nada fácil coexistencia de un mundo moderno-tardío que celebra la pluralidad, y precisamente la corriente contraria: el deseo de abrazar estándares absolutos concomitan-

temente con la degradación del otro. Las actitudes indiferentes de la ciudad se desmoronan fácilmente hacia la aversión, lo racional y calculado desborda hacia lo irracional y lo agresivo; el manejo tranquilo de la desviación se transforma en la demonización de los poseedores de drogas, de las madres solteras y la *underclass*,² mientras la celebración de una sociedad multicultural se tambalea hacia el odio racial, el nacionalismo y el fundamentalismo. Las actitudes en la modernidad tardía irradian calor y frío: no son nunca calmas ni certeras.

En la modernidad tardía, las fuerzas que procuran derrocar la mixofilia y engendrar la mixofobia son endémicas. En primer lugar, la búsqueda de una identidad firme en un mundo de creciente inseguridad ontológica es

Inclusión y exclusión como causas de desviación

Las teorías de exclusión e inclusión no sólo están preocupadas por las reacciones sociales al delito y a la desviación, sino que también están, obviamente, ligadas a sus causas. Hablando en sentido amplio, hay dos tipos de explicaciones convencionales de las causas del delito: una cultural y una estructural, vagamente asociadas con los discursos políticos conservador y liberal, respectivamente. Las teorías culturales sugieren que el delito ocurre en razón de una carencia de cultura, de socialización, de radicamento simbólico en la sociedad, en la comunidad y en la familia. La clásica formulación de Hans Eysenck (1970), que envuelve tres niveles diferenciados, es una ilustración útil. La criminalidad sucede porque: (a)

realizada por medio del contraste con un "otro" degradado e inferior; en segundo lugar, la necesidad de los políticos y comentaristas sociales de culpar a chivos expiatorios en vez de señalar los problemas que existen en lo profundo de la sociedad, lleva a una proyección de conflictos hacia otros; en tercer lugar, como una serie de comentaristas desde Bauman a Robert Hughes (1993) y Nancy Fraser (1997) han argumentado, el multiculturalismo, por la forma en la que retrata la diferencia como una serie de esencias, establece e impulsa a la demonización de los otros; y, finalmente, la inseguridad material endémica en la estructura social es una fuente potente de ansiedad que constantemente busca a alguien o algún grupo a quien echarle la culpa (ver Luttwak, 1995).

el individuo genéticamente tiene menos capacidad de ser socializado; (b) su familia fue inadecuada para su entrenamiento social; (c) los valores socializados fueron incoherentes, inconsistentes y contradictorios. Estos tres niveles interactuantes de no-adequación se dieron conjuntamente para producir una carencia en la incorporación cultural del individuo. Las teorías más recientes, a la derecha del espectro político, replican tal fórmula: *A General Theory of Crime* [Una Teoría General del Delito] (1990) de Gottfredson y Hirsch responde bien a ello, como así lo hace *Crime and Human Nature* [Delito y Naturaleza Humana] (1984) de Wilson y Herrnstein. Esta aproximación sugiere que el delito y la desviación tienen lugar debido a una falta

² N. de T.: el concepto de "underclass" ha sido muy utilizado en los debates intelectuales anglosajones de las décadas del 80 y el 90 en ciencias sociales, y con él se hace referencia generalmente a los estratos

sociales que poseen las condiciones de vida más desfavorables en lo social: pobres, desempleados, marginales, desafiados etc.

de inclusión en la cultura de una sociedad dada. El delito acaece por un *déficit* de *cultura*. Este modelo ha sido asociado con el positivismo individual y sus atracciones ideológicas son claras: la desviación no ocurre por desigualdades o diferencias en la cultura, sino por la falta de una –incuestionada y moralista– cultura *absolutista* (ver I. Taylor *et al*, 1973).

La segunda aproximación también es un modelo de déficit: pero, en este caso, el delito y la desviación se ven sobrevenir en razón de una carencia en bienes materiales –de desigualdad, pobreza, desempleo, etc.–. Este enfoque está preocupado por la privación *absoluta*; las personas cometen delitos porque no están incluidos en la economía, la política correlativa es que los delitos y desórdenes desaparecerán si les proveen trabajo e ingresos monetarios. Semejante mirada de

La crítica a los dos positivimos

La crítica a los dos positivimos es parte de la herencia del pensamiento sociológico; está, por ejemplo, instalada en el trabajo de Durkheim, pero el más influyente y sencillo artículo es con seguridad “Social Structure and Anomie” [Estructura Social y Anomia] (1938) de Robert K. Merton, que explícitamente elige como blanco a ambos positivimos: individual y social. Este rechazo del positivismo individual parte del siguiente punto de vista: el delito y la desviación, en vez de ser una patología de los individuos, es la respuesta “normal” generada por la cultura y la estructura de la sociedad.

Además, Merton es consciente de los hallazgos paradójicos acerca de que muchos países pobres tienen índices delictivos más bajos que los países ricos, y que la delincuencia no disminuye necesariamente con

la exclusión social es un lugar común; ella informa, por ejemplo, las políticas de las administraciones Clinton y Blair. Este positivismo social fue sacudido severamente por la experiencia de los años 60, cuando el pleno empleo y los crecientes estándares de vida a lo largo del mundo occidental fueron acompañados por índices delictuales en alza. No fue la privación absoluta sino la privación *relativa* la fuente de intranquilidad, y tal experiencia subjetiva de desigualdad e injusticia está relacionada con la meritocracia, no solamente con la oportunidad de trabajar.

De esta manera, tanto el modelo de déficit favorecido por la derecha política (positivismo individual) como el de la izquierda (positivismo social) son erróneos y ambos argumentos compiten acerca de diferentes clases de exclusión: cultural o económica.

un alza en el estándar de vida. El delito es, por lo tanto, no un resultado de la privación absoluta, sino de presiones culturales y sociales que provienen del corazón de la sociedad.

Hagamos una paráfrasis de los términos de la formulación de Merton en nuestra presente discusión. *El delito se da donde hay inclusión cultural y exclusión estructural*. Esto da vuelta el dictado del positivismo individual: el delito no es el resultado de una carencia en la cultura, sino de abrazar una cultura de éxito e individualismo. De esta forma, Merton, recontextualiza el positivismo social: no es la privación material *per se*, ni la falta de oportunidad la que da lugar al delito, sino la privación en el contexto de cultura del “sueño norteamericano” donde la meritocracia es exhortada como abierta a todos.

Inclusión/exclusión: una bulimia tardo-moderna

Todo esto nos lleva de nuevo a Lévi-Strauss y sus metáforas de lo antropofágico y lo antropeómico, las sociedades que practican canibalismo social y las que vomitan a los desviados. Lo que Merton sugiere como el caso paradigmático de una sociedad descontenta, es una que hace ambos actos: devora gente vorazmente y, luego, la expulsa con firmeza. Una sociedad bulímica: "*bulimia*: una condición de continuo, incontrolado apetito. Cuando es compensada por vómitos forzados o sobredosis de laxantes, esta condición es llamada *bulimia nerviosa*" (*Enciclopedia Collins*, 1995, p. 145). El orden social del mundo industrial avanzado es un mundo que traga a sus miembros. Consume y asimila culturalmente masas de personas a través de la educación, los *medios* y la participación en el mercado. Unos *medios* ubicuos: proliferan en sus canales, toman una mayor y mayor proporción de tiempo de descanso, y transportan con él imágenes globales de éxito, expectativas y deseos. Lo más

El caso testigo en el corazón de Filadelfia

Conforme esta argumentación, la insatisfacción en las sociedades moderno-tardías no es un producto de la simple exclusión, sino un proceso bulímico de inclusión y exclusión. ¿Qué evaluación de esta hipótesis podemos tener más a mano que la referente al fenómeno de la *underclass*? Claramente, aquí existe una población excluida, en el límite exterior de la sociedad, donde el desorden y la incivilidad se han hecho parte del tejido desgarrado de la vida de cada día, y donde la alienación cultural ha generado remarcables diferencias en estilo de vida y aspiraciones. William Julius Wilson, en su libro pionero

crucial de todo, es que existe la imagen de que es un estilo de vida normal, que si jugamos el juego pueden esperarse bienes y nivel de confort. Para hacerlo cierto, hay imágenes del estilo de vida de las estrellas, pero también hay imágenes de las recompensas de la vida diaria en las telenovelas y en la incesante sucesión de dramas de ficción e historias reales.

Además, los medios de comunicación no son, con seguridad, los únicos instrumentos de inclusión en nuestra sociedad. La educación común prepara a los niños para trabajar y conlleva inevitables nociones de carrera, meritocracia y éxito, mientras el mercado en sí, particularmente, por ser un lugar de consumo, fomenta la participación y la implicación en ello. Sólo una minoría muy firme puede resistir su invasión; únicamente excluyéndose del acceso a los periódicos, la radio y la televisión, dirigiendo las propias escuelas y desaprobando las amistades extragrupalas, puede enfrentarse el aislamiento cultural.

The Truly Disadvantaged [Los Verdaderamente Desaventajados] (1987), bosqueja precisamente tal proceso de *dislocación social*. Los negros quedaron concentrados en los centros urbanos de los Estados Unidos por la atracción del trabajo en las factorías de Los Ángeles, Nueva York, Chicago y Detroit. La des-industrialización de los años 70, ocasionada por el vuelo de capitales a mercados más baratos del sudeste de Asia, dejó a esta gente abandonada. La creciente clase media negra, estimulada por la legislación de igualdad de oportunidades, obtuvo trabajos, a menudo en las burocracias del

gobierno, y abandonó el gueto por la parte céntrica y popular de la ciudad [*inner-city*]. Quienes quedaron atrás, fueron las personas dislocadas, carentes de oportunidades económicas, espacialmente segregadas por clase y raza: el horror de esa zona urbana. El número de hombres “casaderos” declinó con la falta de trabajo y la inhabilidad para afrontar familia, lo que derivó en un aumento en el porcentaje de madres solteras y en el de mujeres ocupando una posición central en las familias.

Los niños crecieron sin un modelo del trabajo del día a día, o de las prácticas de la familia nuclear. Emergió una cultura baja en logros, poco indicada para las disciplinas del trabajo, inestable en su estructura familiar, con excesivo énfasis en la masculinidad y donde el delito y la violencia abundaron. La *underclass* urbana, de acuerdo con William Julius Wilson, nació así.

Aquí tenemos una clásica explicación social-demócrata de la formación de una *underclass*: la exclusión económica y social (exacerbada por la segregación espacial) lleva a la desorganización social, la falencia cultural —un grupo social excluido de la *mainstream*³ de la sociedad Norteamericana—. Recordemos y comparemos la explicación de cómo se forma la *underclass* que sugiere por Charles Murray (1990, 1994): El *Welfare State* crea una cultura de la dependencia en la cual los hombres no desean y son incapaces de hacerse cargo de las posibilidades de trabajo, y donde las mujeres son alentadas a ser madres solteras por los beneficios. Esto crea una cultura antitética con la ética del trabajo de la sociedad en sentido amplio, la que es atormentada por el delito y el desorden en razón de la escasa habilidad de las madres solteras para socializar adecuadamente a sus

hijos, y porque el trabajo tiene poca atracción comparado con el hurto y la economía ilegal. Así, la cultura creada por el *Welfare State* excluye a sus miembros de la *mainstream* de las instituciones sociales y económicas. De tal manera, la explicación de Murray es completamente contraria a la de Wilson, a pesar de que la cultura resultante en sí, es vista como bastante similar en sus diferencias: la desorganización y alienación de los valores nucleares de la sociedad Norteamericana.

Estos dos autores claramente representan los dos tipos de exclusión de los que he hablado: esa en la cual el grupo es excluido a causa de una exclusión de la economía, y esa donde la exclusión “auto-elegida” es resultante de una carencia en la habilidad de socializar a los niños en la cultura integral. En ambas instancias, la *underclass* es vista como una carencia cultural. Pero, finalmente, debemos notar que hay autores, tanto de la derecha como de la izquierda, que parten de la posición de que la cultura negra es diferente de la *mainstream*: algunos en la izquierda —de los cuales Wilson es particularmente crítico—, ven a la cultura negra como una cultura alternativa de lucha, contraataque y supervivencia; y otros en la derecha la ven como ajena en el sentido de naturalmente intransigente, poco disciplinada e inasimilable. De esta forma tenemos cuatro posiciones en total: dos que retratan la *underclass* como una falta de cultura y dos que la ven como una cultura alternativa. Pero ninguna de ellas se caracterizaría como la mismísima encarnación de la cultura dominante.

En contra de estas posiciones, Carl Nightingale en *On the Edge* [En los Límites / En las Afueras] (1993), en su notable estudio del gueto blanco de Filadelfia, contrapone

³ N. del T.: Por *mainstream* el autor se refiere a la corriente cultural fundamental o dominante.

un análisis que es incisivo y convincente. Argumenta que lo que es vital para entenderlo, no es sólo la alienación sino, paradójicamente, el grado de inclusión de la juventud negra en la cultura americana. Tal proceso de inclusión cultural se ha incrementado en el tiempo, y, paralelamente, ha aumentado más que disminuido la exclusión económica y social; esto es la clave para entender la violencia de sus vidas. Así comienza su libro:

“Este es un ... libro sobre algunos niños Norteamericanos. Pero Norteamericano no es la palabra que los Norteamericanos, comúnmente, más utilizan para describirlos. Sobre todo, las preferencias nacionales se expresan en frases como ‘jóvenes alienados’, ‘niños del gueto’... y en momentos más odiosos, ‘punks’, ‘jauría de lobos’, ‘reinas del welfare’, o ‘negros’⁴ ... Pero el término favorito en estos días es ‘underclass’, vocablo que un académico liberal definió, en parte, como ‘una población subhumana vil y degradada’. Los Norteamericanos tienen acceso a nombres más respetuosos para los niños en este libro: ‘Afro-Norteamericanos’ es uno de ellos. Pero ‘totalmente-Norteamericano’ (como en el pastel de manzana o el niño vecino) no es casi nunca una primera opción” (1993, p.1).

Igual que Merton antes que él, sostiene que se le vuelve claro que el delito y la incivilidad se relacionan con el Sueño Americano:

“Pobres, en bienestar, abandonados por empleadores emigrantes y líderes comunitarios, racialmente excluidos, temidos y despreciados por muchos Norteamericanos, luego arrojados en las prisiones: ¿Cómo hubieran podido los niños descritos en este libro estar más alejados de la mainstream

americana que de esta forma? De hecho, fue sólo dando a conocer más de cerca a algunos niños pobres urbanos, Afro-Norteamericanos, que pude comprender cuán profundamente norteamericanas han sido sus vidas” (ibid., p. 5).

En primer lugar, traza su exposición de la cultura americana. El mercado fácilmente los abraza en un entusiasmo por zapatillas, autos, ropas, joyería.

“Ya a los cinco o seis años, muchos chiquillos en el vecindario pueden recitar el canon completo del lujo adulto –desde Gucci, Evan Piccone, y Pierre Cardin, a Mercedes y BMW ... desde los diez años de edad, los niños se vuelven completamente absortos en el culto de las zapatillas Nike y Reebok ...” (ibid., pp. 153-54).

La televisión es vista ávidamente. Los Afro-Norteamericanos miran televisión un cincuenta por ciento más que los blancos; en el promedio de las casas negras la televisión está encendida durante once horas por día. La cultura es, de hecho, penetrada por la *mainstream* americana. Nightingale (1993), por ejemplo, indica lo que él llama “el uso didáctico de la violencia”: la noción de que los problemas pueden fácilmente ser resueltos por la violencia, lo que constituye el mayor tema en las caricaturas americanas, los largometrajes, las estrategias de ley y orden y, en verdad, la política exterior. Hace notar la extensión en la que el “paternalismo enérgico” en lugar del *laissez-faire* es el componente clave de la niñez Afro-Norteamericana, reflejando los valores tradicionales antes que los liberales. Así también, este autor marca el grado hasta el cual ese vecindario apoyó a Bush durante la Guerra del Golfo – que tuvo lugar en el mismo tiempo que las

⁴ N. del T.: El autor utiliza el término “niggers”, de carácter despectivo, que no posee traducción diferenciada al castellano.

entrevistas—. Pero su explicación de este compromiso entusiasta con los valores convencionales no envuelve una simple transmisión a través de la televisión y el mercado, sino que tiene una dinámica enraizada en la compensación.

Para ello, como Merton, resalta que la tensión es creada por la combinación de exclusión económica y social, con inclusión cultural, pero, para *compensar* esta discrepancia, le da un nuevo y especial énfasis a la identificación cultural. Así:

“Nuevos pares de zapatillas cada mes, remeras Mickey, caricaturas glorificadas, ‘obsesiones raciales’, ‘patriotismo’ e ideas de ‘ley-y-orden’, y largas filas de gente joven Afro-Norteamericana fuera de las proyecciones de Terminator o Pesadilla en Calle Elm son también importantes para la historia del centro (inner-city) desfavorecido. En los pasados treinta y cinco años, los niños pobres Afro-Americanos han perseguido creciente y entusiastamente estos valores esencialmente Norteamericanos, auto-imágenes, y grandes ilusiones como medios principales de expresión y compensación por el horrible daño que han sentido creciendo pobres, sin trabajo, y racialmente marginados” (ibid., p. 11).

“La inclusión de los chicos del inner-city en la mainstream mediática del mercado norteamericano, ha sido importante para determinar en esos niños respuestas a la exclusión económica y racial que encaran en otras partes de sus vidas. Y, en verdad, la experiencia de los niños en la exclusión y en las memorias dolorosamente asociadas, han hecho su participación en la cultura de masas particularmente urgente y entusiasta; para ello la cultura del consumo les ha dado un seductor medio de compensar sus sentimientos de fracaso” (ibid., p. 135).

La teoría de Carl Nightingale es, así, una crítica a esos que creen que los problemas

de la *underclass* son un resultado de la simple exclusión; dichas teorías de la alienación explican mucho pero no van suficientemente lejos.

“Estas fuerzas de alienación económica y racial explican los incrementos en la violencia fatal y la erosión de la comunidad sólo cuando son miradas junto a fuerzas que han ayudado a los centros desfavorecidos de la ciudad a volverse más incluidos en la ‘mainstream’” (ibid., pp. 74-75).

Pero también es una crítica de aquellas teorías que retratan el gueto como un reservorio de valores alternativos. Más bien ellos tienen un exceso de valores Norteamericanos. Vamos a redefinir esto en términos de identidad y diferencia: Nightingale prefiere ver a la *underclass* de Filadelfia como carente de identidad, siendo lo mismo que “nosotros” pero sólo un poco menos, no como habitante de un mundo diferente, parte de una serie de multiculturas separadas. Si es que alguna cosa guarda del argumento de pérdida de diferencia, desde la cultura Afro-Norteamericana del pasado, es a una absorción en la *mainstream* Norteamericana.

Aquí tenemos, entonces, un mundo bulímico de inclusión cultural y exclusión social, seguido por una sobre-identificación, en orden a compensar un momento inclusivo, y luego, presumiblemente, una aún mayor conciencia de la naturaleza exclusiva de la estructura social. Pero podemos ir más lejos que esto, sumando partes de este proceso que Nightingale solamente toca por encima. ¿Cómo reacciona la *underclass* a esta sobre-identificación enlazada con rechazo? La respuesta más obvia a esto es que lo hace a través del delito y, en el caso de la juventud, por medio de la creación de pandillas y una subcultura criminal. Éstas pueden ser construidas como algo ajeno a la cultura integral —una posición largamente debatida en la teoría criminológica— pero la moderna etnogra-

fía gráficamente demuestra que esto no es verdad. Si, por ejemplo, analizamos el estudio etnográfico de Phillipe Bourgois de "El Barrio", Harlem Este, ciudad de Nueva York, observamos, un paralelo distintivo con el trabajo de Carl Nightingale por la forma en que él ve la asimilación de la cultura Afro-Norteamericana, hacia la *mainstream*; Bourgois, aún más dramáticamente, hace notar cómo la cultura de inmigrantes portorriqueños se hace parte y parcela de la cultura Norteamericana. Escribe así:

"Quiero emplazar a los vendedores de drogas y los delincuentes callejeros en su legítima posición en la mainstream de la sociedad estadounidense. No son 'otros exóticos' operando en un sub-mundo irracional. Al contrario, son 'hecho en Norteamérica'. Altamente motivados, los jóvenes ambiciosos del centro popular desfavorecido (inner-city) han sido atraídos a la rápida expansión de la multibillonaria economía de las drogas durante los años 80 y 90, precisamente porque ellos creen en la versión del sueño norteamericano de Horatio Alger.

Como la mayoría de la gente en los Estados Unidos, los vendedores de drogas y los delincuentes callejeros están trepando para obtener su porción de pastel tan rápido como sea posible. De hecho, en su persecución del éxito, incluso siguen los detalles minuciosos del clásico modelo yanqui de movilidad ascendente. Están agresivamente persiguiendo carreras como empresarios privados; toman riesgos, trabajan duro, y rezan por la buena suerte. Son los últimos individualistas vigorosos, haciendo frente a una frontera impredecible donde la fortuna, fama y destrucción están todas justo alrededor de la esquina, y donde el enemigo es despiadadamente perseguido y baleado" (1995, p. 326).

Pero tal medida del éxito (el dinero que obtiene el vendedor de crack para quemar

en un día y, ya sobre sus talones, el del día siguiente) es sólo para unos pocos. La vasta mayoría de la gente de los guetos tiene que lidiar con el fracaso, y este fracaso se da a causa de la internalización de los valores de la sociedad amplia, valores articulados en términos de auto-culpa y no como una falla del sistema. Los excluidos, debido a sus inclusiones culturales, se culpan a sí mismos por su propia exclusión. Bourgois concluye su libro:

"Al mismo tiempo, no hay nada exóticamente puertorriqueño sobre los triunfos y fallas de los protagonistas de este libro. Al contrario, 'la mainstream norteamericana' debe ser capaz de verse a sí misma en las características presentadas en estas páginas y reconocer las conexiones. Las zonas desfavorecidas del centro urbano representan el más grande fracaso doméstico de los Estados Unidos, colgando como una espada de Damocles sobre la sociedad entera. Irónicamente, la única fuerza que previene de caer a esta espada suspendida, es que los vendedores de drogas, los adictos, y los delincuentes callejeros, internalizan su cólera y desesperación. Dirigen su brutalidad contra ellos mismos y su comunidad inmediata, en vez de contra sus opresores estructurales... No existe solución tecnocrática. Cualquier camino a largo plazo fuera del cenagal tendrá que dirigirse a las raíces estructurales y políticas, así como a las raíces ideológicas y culturales de la marginalización social" (ibid., pp. 26-7).

Pero, seguramente, ninguna política de largo alcance, de inclusión social y política está próxima a esta bulimia de exclusión. De hecho, es real justamente lo contrario; el sistema de justicia criminal de los Estados Unidos se ha expandido a un nivel sin precedentes y se focaliza en la *underclass* de los guetos.

Así, en definitiva, debemos delinear el momento final de exclusión. El momento in-

clusivo de creación de una subcultura criminal basada en las nociones –completamente norteamericanas– de trabajo como área de individualismo vigoroso y competitivo y sancionada por una industria fílmica que lleva el mensaje de violencia didáctica, desdibuja la noción de delincuente y no delincuente, de buen muchacho y mal muchacho, de héroe y delincuente profesional; este momento de inclusión luego es seguido por una exclusión de la manera más draconiana imaginable. Para ello el sistema de justicia criminal de EE.UU. se concentra en la juven-

tud del gueto en un nivel sin paralelos. Uno de cada nueve hombres de entre 20 y 21 años están en prisión por un período de 12 meses, uno de cada tres está en *probation*, *parole* o en prisión (Mauer, 1997). El sistema de justicia criminal constituye sus vidas, construye sus identidades, los afecta diariamente. Así tiene lugar la última expulsión de un largo proceso bulímico. ¡Qué mundo extraño, este de inclusión y exclusión! Una bulimia nerviosa en el sistema social: en un punto el mundo exterior lo toca, lo forma; en otro lo rechaza y expele.

Subcultura y diversidad

El concepto de subcultura nos permite ganar perspicacia en cuanto a la naturaleza de la diversidad en la modernidad tardía. Las subculturas se suceden a través de la sociedad, son las interpretaciones diferentemente acentuadas de los valores generales que varían por edad, clase, género y etnia. Entre ellas se construyen por bricolaje, reinterpretación e invención. La diferencia, entonces, está relacionada con la subcultura, y las subculturas conectan juntamente lo global y lo local. Esto significa que son parte de una cultura global que, en la modernidad tardía, es un producto específico de la sociedad de mercado (ver E. Currie, 1997), la que remarca individualismo, consumismo, intentos de legitimarse en sí a través de la meritocracia, y tiene un fuerte énfasis en auto-expresión y realización. Tales valores penetran por la sociedad permitiendo a teóricos críticos como Russel Jacoby afirmar que no existe una cosa tal como la diversidad. Él actúa correctamente, por cierto, al enfatizar que la etiqueta étnica ha sido grotescamente exagerada (“¿El hecho de que las ventas de salsa sobrepasen las ventas de ketchup significa que los Estados Unidos se han hecho culturalmente diversos o

sólo que más gente come comida mejicano-norteamericana?” [1994, p. 25]), pero la variación local entre personas, por edad, clase, género y etnia se relaciona con una variedad de problemas que van de la cambiada complejidad del mercado de trabajo, a la diversa persecución de identidad en un mundo en el que los contornos normativos están desdibujados y ensombrecidos. Ciertamente, en una sociedad donde las fuerzas del mercado penetran cada rincón, particularmente en términos de consumismo, uno podría esperar que el ancho cepillo de los valores de mercado ocupe cada parte y grieta de la estructura social. En verdad, hemos visto precisamente esto en nuestro examen del estudio de Nightingale sobre el gueto de Filadelfia. Ahora el tejido social no está tan entrelazado como lo estuvo en el período inclusionista, hasta los tempranos años 70, cuando el empleo era total y mono-lítico, las carreras tendían a abarcar una vida y los roles domésticos y los pasatiempos eran ajustadamente moldeados y planeados. Para ello, la emergencia de una sociedad exclusiva envuelve el deshilachamiento de los mercados laborales y la emergencia de un individualismo generalizado, preocupado con la

identidad y la auto-realización. Hacer un papel antes que ocuparlo, se hace lo más importante de la agenda. Las subculturas, por lo tanto, no desaparecen, sino antes bien, pierden su rigidez, en el mundo moderno-tardío son más diversas y envuelven cruces y transposición de valores de una forma a la otra (cf I. Taylor, 1999, donde las subculturas se ven desvanecer) y envuelven al mismo tiempo muchos cambios en carácter y membresía (South y Ruggiero, 1995).

Volviendo a Filadelfia

La cultura del gueto se encuentra estrechamente ligada con la del mundo exterior, es dinámica, está impulsada por las contradicciones entre oportunidades e ideales, de ciudadanía económica denegada y de aceptación social bloqueada. No es ni una carencia de cultura ni una cultura esencialmente diferente. Pero *es* diferente: es una subcultura de bricolaje fuera de una cultura más amplia, que remarca ciertos valores y transforma otros. En el preciso acto de compensación, sobre-identifica y sub-identifica. Aquí tanto Nightingale como Jacoby están errados; en algún punto, la selección y la exageración se tornan en diferencia. Ello está inevitablemente conectado, pero es distinto: éste es, de hecho, el significado de la diversidad en las sociedades moderno-tardías. Implica superponer y elegir, acentuación y transformación. Es también una subcultura la que en este proceso crea algunas posibilidades así como bloquea otras. Sus miembros se ven a sí mismos a través de la situación, pero luego, al mismo tiempo, como son existencialmente creativos, tienden a esencializarse. La subcultura crea nociones esenciales de masculinidad, acepta rígidas distinciones e incluso juega sobre estereotipos raciales.

Consideremos por un momento los mecanismos envueltos en el proceso de bulimia.

Parte del problema de la existencia de diversidad, entonces, es debido al lente que se usa. La definición de Russel Jacoby es tan pobre que el mundo parece simplemente uni-dimensional, sólo los dinosaurios culturales –menciona a los judíos Hasídicos y los Amish– parecen representar verdaderas diferencias culturales; como resultado, la manera en la que la diferencia se manifiesta a sí misma en la modernidad tardía, está significativamente ocluida.

Los actores, en el desarrollo de inclusión cultural, experimentan una privación relativa, presentada aún de manera más crónica por su sobreidentificación compensatoria con los valores norteamericanos de consumo y competencia. La criminalidad es modelada por este individualismo, así como éste es formado por la noción de violencia justificada. La legitimidad del comportamiento según un orden es, de esta manera, fácilmente socavada: “técnicas de neutralización” abundan. Pero, por último, la paradoja de la inclusión/exclusión no sólo se expresa en términos de acceso a bienes materiales: autos, ropa, departamentos; se evidencia, también, en una pérdida de identidad. Por ello la exclusión social crea problemas de identidad.

Con el acceso denegado al status íntegro de ciudadanía (sensación de indignidad debida a las varias fricciones diarias que le provoca en las calles el trato de la policía, o por ser inhábiles para ocupar el rol de marido-jefe de familia retratado diariamente sobre el telón de fondo de casas confortables que monta el escenario de tanto drama televisivo), atemorizada por estereotipo y prejuicio, la juventud de clase baja tiene la más extraordinaria crisis de identidad y autovalorización. No sólo es privación relativa la que confrontan, sino crisis ontológica. Una so-

lución a la crisis de identidad es enfatizar los rasgos, dibujar claras líneas demarcadoras para sugerir que su ser está fijo y decidido. Más escuetamente: para exagerar y esencializarse uno mismo y diferenciarse de los otros. Es el caso del hombre “duro” de la macho-cultura, cuya fortaleza de características físicas es contrastada con la despreciada “suavidad” de la mujer o del hombre que actúa como mujer. Masculinidad heterosexual y “otredad” de la mujer, hombres “suaves” y homosexuales, en ambos casos, son esencializadas. Hollywood, siguiendo el gusto de los *comics* Marvel, contribuye mucho aquí. Así lo hace notar Richard Sparks:

“Uno de los más llamativos rasgos (...) es la evidente, en verdad, exagerada masculinidad. Muchas estrellas de períodos tempranos (John Wayne quizá más obviamente) han presentado enfática y fornidamente figuras masculinas, pero con pocas excepciones (Kirk Douglas en Espartaco) no se ha hablado tan persistentemente sobre el detalle y definición de sus físicos. Stallone y Schwarzenegger no son sólo héroes masculinos: sus cuerpos inflados significan (además de gritos) ‘Masculinidad’, como si en estos días uno mostrara masculinidad presentándola en exceso –una prototípica, esencia de guerrero...

Vemos la masculinidad ‘hiperbolizada’ en los ultra-físicos de Schwarzenegger o

Esencialismo y exclusión social

Debería ser obvio, por lo ya discutido, que el esencialismo facilita mucho el proceso de exclusión social. Suministra los objetivos, provee los estereotipos, permite la formación de la agresión y reafirma la identidad del grupo interno; pero podemos ir un poco más lejos que esto, pues la exclusión social confirma y realiza el esencialismo. David Matza, en el fin de *Becoming Deviant* [El

Stallone; además tenemos la hiper-masculina peligrosidad cerca-del-límite del papel de Mel Gibson en los filmes de Arma Mortal] (1996, pp. 355-56).

Paul Willis, en su celebrado *Learning to Labour* [Aprendiendo a Trabajar] (1977), describe cómo los jóvenes crean una identidad de macho, anti-femenina, racista y anti-intelectual, con el objeto de sobrevivir. Similarmente a tal endurecimiento de identidad, el proceso de esencialización sucede a lo largo del mundo, donde sea que los adolescentes varones se hallan marginados (ver Messerschmidt, 1993). Seguramente, el proceso de crear una esencia, una firme y sólida identidad, es sólo la mitad de la ecuación. La otra mitad son las imágenes proyectadas sobre la *underclass* por el resto del público. Aquí, la perviviente inseguridad ontológica espoleada por las exigencias de la modernidad tardía, también tiene una tendencia a esencializar –quizás nunca incitada en forma tan precisa como por el predicamento de la juventud en sí, pero que ciertamente es el repositorio de masivas fuerzas que tienden a la exclusión en la sociedad como un todo.

Este proceso de esencialismo puede tornar en demonización –culpando por las enfermedades sociales a ciertos sectores, usualmente vulnerables, de la estructura social.

Proceso de Desviación] (1969), discute esta relación; para ello traza varias líneas: i) la exclusión social amenaza el sentido de identidad de un individuo o grupo, los hace ontológicamente inseguros y así, abiertos a abrazar esencias; ii) los actores pueden acoger estas esencias en orden a compensar la falta de identidad. Hemos visto, en nuestra discusión, cómo este proceso de abrazar la

esencia que se otorga al desviado, puede tomarse en una forma irónica, burlona y transformativa. Pero aun así, todavía plasma la noción individual de sí mismos; iii) final y crucialmente, la exclusión social por bloqueo de oportunidades, tanto materiales como en términos de la posibilidad de abrazar identidades alternativas, puede autosatisfacerse. Por ejemplo, un hombre forzado a una situación en la que tiene escasos medios de ganarse la vida si no es robando, puede llegar a creer que él *verdaderamente* es un ladrón, mientras los espectadores pueden hallar sus prognosis confirmadas por ello, y contemplar que el hombre que designaron como “ladrón” continúa robando.

Matza llama a esto la “ficción [bogus] intrincada” del esencialismo. La respuesta a cómo sabemos que una persona es esencialmente un ladrón es su recurrencia como ladrón. Déjense fuera las razones materiales y ontológicas para la recurrencia, y parece ser el producto de una esencia que está centrada en el individuo y se repite por definición en sí misma.

En Filadelfia, Carl Nightingale nota el nivel en el cual la cultura del gueto hace héroes del rap y hip hop a cantantes que vuelven “el lenguaje del odio racial en su cabeza, transformando la etiqueta ‘negro’ [nigga]⁴ y la violencia y las conquistas sexuales de sus canciones en una insignia de auténtica negritud” (1993, p. 132). Agrega:

“La carrera del héroe negro [nigga] sugiere con precisión cuán complicado impacto ha tenido el racismo norteamericano en los niños de las zonas desfavorecidas de la ciudad. Por un lado, el racismo ha operado como una fuerza de exclusión y alienación —a través del odio blanco, segregación, discriminación, y sospecha incontrolada— y

ha ayudado a llenar las memorias emocionales de los chiquillos con humillación y resentimiento. Por otro lado, de una forma perversa, la historia de los efectos del racismo norteamericano en los niños de estas zonas también ha sido una historia de inclusión —resultando, irónicamente, en una frágil forma de satisfacción personal. Las caricaturas raciales, después de todo, han sido una parte central de la cultura nacional norteamericana, y las identidades que los niños, especialmente varones, forjan para sí mismos, usando esas caricaturas, reflejando su inmersión en la mainstream tanto como su exclusión de ésta.

Sin embargo, si la inversión del lenguaje blanco de odio racial, que hacen los jóvenes, representa una vía creativa de resistir a las fuerzas de la dolorosa emoción de sus vidas y les da algún sentido de equilibrio emocional, también refleja la extensión con la que el racismo ha limitado trágicamente sus vidas. Además, esto ilustra en forma precisa qué precio elevado pueden pagar los jóvenes, por una identidad compensatoria basada en las imágenes de la mainstream norteamericana. Eligiendo el uso de la palabra negro [nigga] —con su deliberadamente indivisa y definitiva evocación de exclusión racial y estereotipo— en una mueca irónica, en un intento de salvar apariencias, los niños terminan aceptando las palabras de uniformidad en la imagen ideal de masculinidad negra, que refuerza en los jóvenes de la zona urbana populosa la siempre-demasiado-prevaleciente tendencia a reprimir o expresar agresivamente sus agobiantes memorias de dolor. Infortunadamente, esto no hace demasiado para apaciguar las sospechas de los Norteamericanos blancos y su proclividad a ligar raza y

⁴ N. del T.: El autor utiliza el término “nigga”, expresión fonética de “nigger”, cuyo significado fue apuntado en la nota precedente.

violencia. En verdad, si la historia de la vida social de esta zona está parcialmente basada en una suerte de dinámica 'cíclica', lo más importante no es un 'auto-perpetuante' ciclo de pobreza, pasado de generación en generación. En realidad, la dinámica crucial envuelve racismo blanco que consume los autorretratos de esos hombres negros jóvenes que ha atrapado en la seducción de sus caricaturas" (ibid., p. 133).

Cito este excelente pasaje en extenso porque captura la ficción recurrente del esencialismo en pocas palabras, pero aquí no sólo se refiere a un simple individuo vertido en un molde, sino a una raza y una generación entera.

En este sitio está la engañosa naturaleza del esencialismo. Por ello, por otra parte, los conservadores insisten en que estas esencias son realidad (un ladrón es un ladrón, los irresponsables son inmanejables, los jóvenes negros son violentos) mientras los otros comentaristas más liberales insistirán en que

estas presuposiciones son meras ilusiones. Hay prejuicios invocados contra partes pobres de la comunidad e individuos más vulnerables, mientras que en realidad la gente es más o menos similar. En verdad, el sistema social produce personas que son como si fuesen construidas a manera de una esencia. *No existe esencia ni ilusión* sino un mundo de apariencias que emerge como si estuviese construido de esencias, de quienes realmente tienen una cualidad impasible, estereotípica.

Como una última vuelta en la historia de la inclusión/exclusión. La música rap, hip hop, se ha hecho una de las más influyentes formas musicales apelando tanto a la juventud blanca como a la juventud negra, y las parodias de rap tienen lugar desde la TV de guardería al show satírico. La modernidad tardía consume los chistes que brinda la diversidad con dificultad, así presencia la demonización (y auto-promoción) de Negros con Actitudes (NGA), como Ice Cube y Ice-T (ver Back, 1996) ↵



Bibliografía

- Back, Les** (1996) *New Ethnicities and Urban Culture*. London: UCL.
- Bauman, Zygmunt** (1995) *Life in Fragments*. Oxford: Blackwells
- Bourgios, Phillipe** (1995) "In search of Horatio Alger: Culture and Ideology in the Crack Economy". N. South (ed.) *Drugs, Crime and Criminal Justice* Vol. 2 Aldershot: Dartmouth.
- Cohen, Stanley** (1985) *Visions of Social Control*. Cambridge: Polity (Hay traducción al castellano *Visiones del Control Social*, PPU, Barcelona, 1988). — (1995) *Denial and Acknowledgement: The impact of information about Human Rights Violations*. Jerusalem: Center for Human Rights.
- Cooper, David** (1967) *Psychiatry and Anti-Psychiatry*. London: Tavistock
- Currie, Elliot** (1997) "Market, Crime and Community". *Theoretical Criminology* 1(2), pp. 147-172.
- Eysenck, Hans** (1970) *Crime and Personality*. London: Paladin.
- Fraser, Nancy** (1997) *Justice Interruptus: Critical Reflections on the Post-Socialist Condition*. New York: Routledge.
- Gottfredson, Michael and Hirsh, Travis** (1995) *A General Theory of Crime*. Stanford: Stanford University Press.
- Gouldner, Alvin** (1971) *The Coming Crisis of Western Sociology*. London: Heinemann. (Hay traducción al castellano: *La Crisis de la Sociología Occidental*, Amorrortu, Buenos Aires, 1973).
- Hughes, Robert** (1993) *The Culture of Complaint*. London: The Marvill Press.
- Jacoby, Russel** (1994) "The Myth of Multiculturalism". *New Left Review*, 208, pp. 121-6.
- Lea, John and Young, Jock** (1993) *What is to be Done About Law and Order?* (2nd. Ed.) London: Pluto (Hay traduc. al castellano *¿Qué se debe hacer con la ley y el orden?*, Eds. del Puerto, Bs. As., 2001).
- Lévi-Strauss, Claude** (1992) (1955) *Tristes Tropiques*. New York: Penguin.
- Luttwak, Edward** (1995) "Turbo-Charged Capitalism and Its Consequences". *London Review of Books* 17 (2) 2 Nov. pp. 6-7.
- Matza, David** (1969) *Becoming Deviant*. New Jersey: Pentice Hall (Hay traducción al castellano *El Proceso de Desviación*, Taurus, Madrid, 1981).
- Mauer, Marc** (1997) *Intended and Unintended Consequences: State Racial Disparities in Imprisonment*. Washington DC: The Sentencing Project.
- Merton, Robert K.** (1938) "Social Structure and Anomie". *American Sociological Review* 3, pp. 672-682 (Hay traducción al castellano: "Estructura Social y Anomia" en *Teoría y Estructuras Sociales*, FCE, México, 1954).
- Messerschmidt, James** (1993) *Masculinities And Crime Lanham*. Maryland: Rowman and Littlefield.
- Murray, Charles** (1990) *The Emerging British Underclass*. London: Institute for Economic Affairs. — (1994) *Underclass: The Crisis Deepens*. London: Institute for Economic Affairs.
- Nightingale, Carl** (1993) *On the Edge*. New York: Basic Books.
- Ruggiero, Vincenzo and South, Nigel** (1995) *Eurodrugs, Drug Use, Markets and Trafficking in Europe*. London: UCL Press.
- Sparks, Richard** (1996) "Masculinity and Heroism in the Hollywood Blockbuster". *British Journal of Criminology*, 36, pp. 348-60.
- Taylor, I.; Walton, P.; Young, J.** (1973) *The New Criminology*. London: Routledge and Kegan Paul (Hay traducción al castellano: *La Nueva Criminología*. Amorrortu, Buenos Aires, 1975).
- Taylor, I.** (1999) *Crime in Context*. Cambridge: Polity.
- Willis, Paul** (1977) *Learning to Labour*. Aldershot: Gower.
- Wilson, James Q. and Herrnstein, Richard** (1985) *Crime and Human Nature*. New York: Simon and Shuster.
- Wilson, William J.** (1987) *The Truly Disadvantaged*. Chicago: Chicago University Press.
- Young, Jock** (1971) *The Drugtakers*. London: Paladin.
- (1999) *The Exclusive Society: Social Exclusion, Crime and Difference in Late Modernity*. London: Sage.